Universidad Nacional de Rosario.

Facultad de Psicología.

2026

Trabajo Integrador Final

“La depresión: una lectura psicoanalítica del malestar contemporáneo”

Apellido y nombre: Fonrrodona Caminos, Victoria Eva

Legajo: F-5720/7

DNI: 44064303

Mail: victoria.caminos22@gmail.com

Modalidad de presentación: Ensayo

Docente responsable: Silvana Facciuto

Tutor espacio TIF: Mauro Eyras

Agradecimientos.

Quiero agradecer, en primer lugar, a mis padres, por acompañarme y alentarme día a día en cada uno de mis proyectos, deseos y desafíos que me propongo. Su apoyo incondicional fue fundamental para llegar hasta acá.

A Melina, mi amiga de toda la vida, gracias por escuchar durante años las incontables explicaciones de cada materia, al punto de que hoy ella también está estudiando Psicología, y se suma algo más en las tantas cosas que compartimos.

A mis amigas de la facultad, con quienes transité estos años de estudio. Gracias por hacer de este camino una experiencia tan especial, por las risas compartidas, las videollamadas de estudio, el compañerismo y por estar presentes en todo momento.

A mi pareja, por acompañarme en este último tramo de la carrera, que probablemente haya sido el más lindo, pero también el más estresante. Gracias por la paciencia, el apoyo y por estar a mi lado en cada paso.

A Silvi, mi tutora, por ayudarme a ordenar las ideas que dieron forma a este trabajo y por transmitirme la tranquilidad necesaria para disfrutar también del proceso.

A la Universidad Pública, por brindarme la posibilidad de acceder a una formación de calidad, gratuita y comprometida con la producción de conocimiento y con la realidad social; lo cual reafirma mi convicción sobre la importancia de defender una educación pública, gratuita y de calidad.

A mis mascotas, Morena, Coco, Vito, Perla y Nina, que me escucharon estudiar cada día.

Y, finalmente, un agradecimiento muy especial a mis abuelos y a mi tía, quienes me acompañaron desde otro lugar, pero estuvieron presentes en mi corazón durante toda la carrera. En cada examen les pedía que me acompañaran, y de algún modo sentí que siempre estuvieron conmigo.

Este trabajo es el resultado, no sólo del esfuerzo y el estudio sino también del cariño, la compañía y el apoyo de todas las personas que hicieron de estos años un camino compartido. A todos ustedes, gracias.

Índice.

Introducción.....4

Desarrollo.....6

Duelo y melancolía: un antecedente fundamental para pensar la depresión..... 6

La depresión en la contemporaneidad..... 8

La depresión como posición subjetiva: una lectura desde Lacan..... 10

Conclusión.....14

Referencias bibliográficas:..... 16

Resumen:

El presente trabajo aborda la depresión desde una perspectiva psicoanalítica de orientación lacaniana, interrogando las formas particulares que adquiere este fenómeno en la clínica contemporánea. Parte del problema de que, aunque la depresión se ha convertido en uno de los principales nombres del malestar actual, el psicoanálisis no la considera una entidad clínica homogénea, sino una posición subjetiva cuya comprensión exige atender a la singularidad de cada caso. La hipótesis que orienta este recorrido sostiene que la depresión puede pensarse como una modalidad de respuesta subjetiva vinculada con las coordenadas propias de la época, caracterizada por una renuncia al deseo y una fijación a modalidades de goce mortificantes. Para desarrollar esta propuesta, en un primer momento se retoman los aportes de Freud en “Duelo y melancolía”, recuperando las categorías de duelo y melancolía como antecedentes fundamentales para pensar la relación entre pérdida, deseo y sufrimiento psíquico. Posteriormente, se analizan las transformaciones del malestar en la cultura a partir de los desarrollos de Freud, Jacques-Alain Miller, Byung-Chul Han y otros autores, situando el imperativo contemporáneo de bienestar, rendimiento y goce como coordenadas de la subjetividad actual. Finalmente, desde los aportes de Lacan, de “Televisión” y el “Seminario 10: La angustia”, se conceptualiza la depresión como una posición subjetiva caracterizada por la renuncia al deseo y la fijación a modalidades de goce superyoicas, concluyendo que las presentaciones depresivas contemporáneas no pueden comprenderse únicamente en términos de pérdida objetal, sino también en relación con las transformaciones culturales y subjetivas propias de la época.

Palabras clave: Depresión contemporánea; deseo; goce; malestar.

Introducción.

Si bien el término depresión ha existido desde la antigüedad, es recién en el siglo XX cuando toma su significación ligado a lo psíquico y lo psicopatológico, a partir de que el psiquiatra Emil Kraepelin comenzó a clasificar formalmente la "locura depresiva". En 1917, Sigmund Freud publicó el ensayo “Duelo y melancolía”, dotando al afecto depresivo de un sentido psíquico, estableciendo una diferencia entre el duelo normal y la patología melancólica (Korman y Sarudiansky, 2011). Sin embargo, si se trata de un fenómeno presente desde hace siglos, cabe preguntarse por qué en la actualidad adquiere una relevancia inédita, al punto de constituirse en uno de los principales nombres del malestar contemporáneo y en una problemática de creciente incidencia clínica.

Desde una perspectiva biologicista, la psiquiatría suele explicar la depresión a partir de factores genéticos y alteraciones neuroquímicas vinculadas a neurotransmisores y hormonas. No obstante, esto conduce a interrogar si el incremento contemporáneo de los cuadros depresivos podría atribuirse únicamente a un desajuste biológico generalizado. Se puede notar que, si bien las dimensiones orgánicas ocupan un lugar importante, este enfoque tiende a dejar en segundo plano las condiciones subjetivas, los modos de vida y las formas en que cada sujeto se relaciona con su malestar.

Desde el psicoanálisis, en cambio, la depresión no se concibe como una enfermedad biológicamente determinada, sino como un afecto ligado a las dificultades del sujeto para sostener una relación con su deseo. En este sentido, el sufrimiento depresivo se vincula con un debilitamiento de los recursos simbólicos y de la capacidad de la palabra para otorgar sentido a la experiencia subjetiva.

Ahora bien, aunque la perspectiva psicoanalítica rechaza considerar la depresión como una entidad clínica homogénea, se trata de un término que ha invadido el discurso contemporáneo y se ha instalado como uno de los nombres privilegiados para designar el malestar de nuestra época. Teniendo en cuenta esto, aquello que suele agruparse bajo esta denominación remite, en realidad, a posiciones subjetivas diversas que sólo se pueden esclarecer en la singularidad de cada caso. De allí que el psicoanálisis no se ocupe de “la depresión” como una categoría general, sino a los modos particulares en que cada sujeto se vincula con el deseo, el goce y su propio padecimiento.

A raíz de su auge exponencial, ésta problemática adquiere particular relevancia en la contemporaneidad, caracterizada por una lógica que privilegia las respuestas inmediatas, la eficacia y el rendimiento, rechazando muchas veces la interrogación subjetiva. El sujeto actual tiende a exigirse un funcionamiento constante, como si se tratara de una máquina que no debiera fallar.

En este contexto, resulta necesario interrogar cómo se presenta este fenómeno en la clínica actual; teniendo en cuenta que, en numerosas presentaciones depresivas actuales no se localiza un objeto claramente perdido ni un acontecimiento identificable que funcione como desencadenante. El sufrimiento parece organizarse más bien alrededor de experiencias de vacío, donde el sujeto no logra ubicar con precisión qué le ocurre o qué ha perdido.

El presente trabajo se propone abordar la depresión desde una perspectiva psicoanalítica de orientación lacaniana, interrogando las formas particulares que adquiere este fenómeno en la clínica contemporánea. La hipótesis que orienta este recorrido sostiene que la depresión puede pensarse como una modalidad singular de respuesta subjetiva frente a las coordenadas propias de la época, estrechamente vinculada con la relación del sujeto con el deseo, el goce y la falta. En este sentido, se plantea que las formas contemporáneas de la depresión no puede comprenderse únicamente a partir de la lógica freudiana de la pérdida de objeto, sino que exige considerar las transformaciones culturales que promueven un debilitamiento de los recursos simbólicos y un predominio de modalidades de goce desvinculadas del deseo. Desde esta perspectiva, la depresión puede leerse como una posición subjetiva en la que el sujeto, frente a la angustia y al imperativo contemporáneo de satisfacción, renuncia al movimiento deseante y queda fijado a una modalidad de goce mortificante.

Para ello, en un primer apartado se retomarán los desarrollos freudianos de Duelo y melancolía, trabajando las categorías de duelo y melancolía como antecedentes fundamentales para pensar la relación entre pérdida, deseo y sufrimiento psíquico, que encontramos en la depresión. Introduciendo nociones clave como el papel del superyó –aunque en ese momento aún no lo nombra como el “superyó” como tal, sino “instancia crítica"– en la mortificación del yo, el cual se manifiesta en las presentaciones depresivas.

En un segundo momento, se abordarán las transformaciones del malestar en la cultura en la contemporaneidad, a partir de los desarrollos de Freud y de autores como Jacques-Alain Miller y Byung-Chul Han, poniendo el acento en el imperativo de goce y en las nuevas formas de subjetivación, con el propósito de situar las coordenadas sociales y subjetivas que permiten comprender por qué la depresión adquiere hoy una presencia tan significativa en la clínica.

Finalmente, en el tercer apartado se desarrollará una lectura propiamente lacaniana de la depresión, tomando como ejes las categorías de deseo y goce a partir de los aportes de Televisión, el Seminario 10: La angustia y otros autores, con el fin de conceptualizar la depresión como una posición subjetiva marcada por la renuncia al deseo, la fijación a modalidades de goce mortificantes y la incidencia de los imperativos contemporáneos de satisfacción.

Desarrollo.

Duelo y melancolía: un antecedente fundamental para pensar la depresión.

Para abordar las formas contemporáneas de la depresión desde una perspectiva psicoanalítica, resulta necesario retomar uno de los textos fundacionales en torno al problema de la pérdida y del sufrimiento psíquico: “Duelo y melancolía” de Sigmund Freud (1992). Si bien el término "depresión" no constituye una categoría clínica en la obra freudiana, sus desarrollos sobre el duelo y, especialmente, sobre la melancolía introducen nociones fundamentales para comprender fenómenos que hoy suelen agruparse bajo dicha denominación.

En “Duelo y melancolía”, Freud ([1915] 1992) sitúa una comparación entre duelo y melancolía, la cual se funda asimismo en la semejanzas de los fenómenos que se presentan en ambos procesos, como también en las ocasiones que los desencadenan. Para Freud, tanto el duelo como la melancolía constituyen respuestas subjetivas frente a una pérdida significativa, razón por la cual comparten una serie de manifestaciones clínicas: el afecto doloroso, la retracción del interés por el mundo exterior, la disminución de la capacidad de investir nuevos objetos y cierta inhibición de la actividad.

Sin embargo, a medida que avanza en su análisis, Freud señala una diferencia fundamental entre ambos procesos. Por un lado, en el duelo el sujeto reconoce aquello que ha perdido y logra retirar progresivamente la libido depositada en el objeto ausente. Este trabajo de duelo supone una elaboración psíquica que, una vez concluida, permite que “el yo se vuelva otra vez libre y desinhibido” (Freud, [1915] 1992, p. 243), es decir que alivia al sujeto, ya que la inhibición característica del duelo se debe, justamente, al modo en que este “trabajo” absorbe al yo con gran gasto de tiempo y energía.

En la melancolía, por el contrario, el sujeto no puede dar cuenta de aquello que ha perdido. Freud lo expresa en una de las formulaciones más conocidas de este texto: el sujeto “sabe a quién perdió, pero no lo que perdió en él” (Freud, [1915] 1992, p.243). De este modo, la pérdida ya no remite únicamente a un objeto concreto, sino también a algo de carácter más enigmático, difícil de delimitar y de simbolizar. Al no poder elaborarla sufre efectos depresivos. Es precisamente esta opacidad de la pérdida lo que orientará a Freud hacia el problema de la identificación y del empobrecimiento del yo característicos de la melancolía.

La diferencia principal entre duelo y melancolía radica en que, mientras en el primero es el mundo el que aparece empobrecido, en la segunda es el propio yo el que resulta empobrecido. Este empobrecimiento se manifiesta clínicamente mediante intensos autorreproches, autodenigraciones y sentimientos de indignidad que, a primera

vista, parecen dirigidos contra el propio sujeto. Precisamente por ello, Freud orienta su investigación a esclarecer el origen y la naturaleza de tales reproches, interrogándose por qué la pérdida de un objeto puede traducirse en una depreciación tan radical de sí mismo.

Su respuesta remite al modo particular en que se tramita la pérdida en la melancolía. Ante una afrenta, decepción o frustración proveniente del objeto amado, la libido no logra desplazarse hacia nuevos objetos, como ocurre habitualmente en el trabajo de duelo. En lugar de ello, se retira sobre el yo, estableciéndose una identificación narcisista con el objeto perdido. En sentido Freud ([1915] 1992) formula su célebre afirmación: “la sombra del objeto cayó sobre el yo” (p. 246). De este modo, la pérdida deja de afectar exclusivamente al objeto y pasa a comprometer al propio sujeto.

Esta operación produce una escisión en el yo. Por un lado, emerge una instancia crítica por la cual va a ser juzgado como si fuera el objeto, y por otro, el yo alterado por identificación, se convierte en el destinatario de esos ataques y denigraciones. Los reproches que aparentemente recaen sobre el sujeto se revelan entonces como reproches dirigidos originariamente al objeto amado, pero que, a través de la identificación, retornan sobre el propio yo.

Ahora bien, esta dinámica no puede comprenderse sin considerar otro elemento central del planteo freudiano: la ambivalencia que caracteriza a los vínculos amorosos. Junto al amor coexistían sentimientos hostiles que, tras la pérdida del objeto, encuentran una nueva vía de expresión en los autorreproches y en el automartirio. El conflicto entre amor y odio favorece que parte de la investidura libidinal regrese a modalidades más regresivas de satisfacción, ligadas al sadismo y a la mortificación del yo. Por esta razón, el sufrimiento melancólico no se explica únicamente por la identificación narcisista con el objeto perdido, sino también por la acción de una instancia crítica que obtiene una particular satisfacción en el castigo del yo. Freud anticipa así una dimensión que más tarde será desarrollada en términos de superyó y goce, cuestión que resultará especialmente relevante para pensar ciertas formas contemporáneas de la depresión.

Entonces, el modelo freudiano que explica la melancolía, no como un duelo patológico sino como la incapacidad para realizar el trabajo de duelo por un objeto perdido, resulta indispensable pero insuficiente para abordar ciertas formas contemporáneas de la “depresión”. En efecto, en muchos casos actuales, el padecimiento no se articula exclusivamente alrededor de una pérdida objetal concreta, sino alrededor de una dificultad para simbolizar aquello que causa el malestar.

No se trata de una falla estructural del orden simbólico, sino de una fragilización de los recursos simbólicos que permiten al sujeto tramitar la falta y sostener el deseo. El problema ya no radica únicamente en el objeto perdido, sino en la relación del sujeto con el vacío y con las modalidades contemporáneas del goce. Justamente, el hablar de

melancolía en términos de reacción es porque el propio fenómeno no reside en la pérdida en sí misma, sino en cómo ésta es significada.

La depresión en la contemporaneidad.

Para comprender por qué la experiencia de vacío adquiere hoy una presencia tan marcada en la clínica, resulta necesario situar las transformaciones del contexto cultural en el que se constituye el sujeto contemporáneo. En “El Malestar en la Cultura”, Freud ([1930] 1992) sostiene que la cultura produce inevitablemente malestar, ya que la vida en sociedad exige una renuncia a determinadas satisfacciones pulsionales, para hacer posible el lazo con el otro. En sus palabras: “no puede soslayarse la medida en que la cultura se edifica sobre la renuncia de lo pulsional [...] Esta «denegación cultural» gobierna el vasto ámbito de los vínculos sociales entre los hombres” (p.96)

La cultura se funda, entonces, sobre una operación de regulación del goce: el sujeto debe aceptar límites a sus aspiraciones de satisfacción para ingresar en el orden simbólico y sostener el lazo social. Se trata de un malestar estructural, inherente a la condición humana, puesto que la satisfacción plena resulta imposible y toda vida colectiva implica cierta cuota de renuncia.

Ahora bien, si el malestar descrito por Freud estaba ligado principalmente a las restricciones que la cultura imponía sobre las pulsiones, podemos apreciar cómo en la actualidad aquellas exigencias se han modificado, generando diferentes y nuevas formas de malestar. En lugar de una cultura organizada fundamentalmente alrededor de la prohibición y la renuncia, asistimos a una época caracterizada por un empuje hacia el goce constante y por la promesa permanente de satisfacción. La exigencia ya no parece provenir tanto de la prohibición sino del mandato de disfrutar, rendir y realizarse plenamente.

En ese contexto, se consolida una cultura del imperativo de bienestar, del rendimiento y de la satisfacción inmediata, que multiplica la oferta de objetos destinados a responder a toda falta y alcanzar esos ideales, convertidos ahora en una imposición. Entonces, lejos de eliminar el malestar, esta lógica lo acentúa, confrontando al sujeto a una exigencia cada vez mayor de satisfacción.

Es precisamente en este desplazamiento donde puede comenzar a situarse una de las coordenadas fundamentales de las formas contemporáneas de la depresión. Cuanto más se promete la posibilidad de una satisfacción completa, más se pone de manifiesto el carácter imposible de dicha promesa, confrontando al sujeto con

experiencias de vacío, frustración y desorientación que adquieren una particular relevancia en la clínica actual.

En consonancia con esto, Jacques-Alain Miller (2004) en su conferencia “Una fantasía” argumenta que la antigua moral civilizada, en el sentido que Freud la planteaba, se ha desintegrado en la hipermodernidad. La caída de los grandes ideales, y antiguas identificaciones que anteriormente orientaban la experiencia subjetiva, han dejado lugar a nuevas formas de regulación centradas en la evaluación permanente del rendimiento y de las capacidades individuales. El sujeto aparece así desorientado, “sin brújula”, en una época donde el plus de gozar comanda, y donde la lógica de producción y consumo invade cada vez más aspectos de la vida.

En esta misma línea, Byung-Chul Han (2012) señala que el sujeto actual se caracteriza por una lógica de autoexigencia permanente:

> El sujeto de rendimiento está libre de un dominio externo que lo obligue a trabajar o incluso lo explote. Es dueño y soberano de sí mismo. [...] La supresión de un dominio externo no conduce hacia la libertad; más bien hace que libertad y coacción coincidan. [...] Las enfermedades psíquicas de la sociedad de rendimiento constituyen precisamente las manifestaciones patológicas de esta libertad paradójica. (p.20)

La paradoja de esta lógica consiste en que el imperativo contemporáneo de realización plena produce nuevas formas de sufrimiento psíquico. Allí donde se promete satisfacción ilimitada, el sujeto queda cada vez más confrontado con la imposibilidad estructural de alcanzar una plenitud completa. De este modo, las personas se mueven más en la dimensión de la exigencia que en la del deseo.

En este contexto, se observa cierta decadencia de lo simbólico –de la palabra, de los ideales, de la ley, de la autoridad–, y frente a ella el auge de este imperativo de goce fácil e inmediato, con una gran pregnancia de lo imaginario, donde los ideales devienen imperativos superyoicos de satisfacción y rendimiento (Sobral, 2009).

El resultado de esta lógica no es la plenitud subjetiva, sino, por el contrario, un vacío redoblado: cuanto más se promete satisfacción, más se evidencia la imposibilidad estructural de alcanzarla, es decir, de colmar la falta. En este sentido, la depresión contemporánea puede pensarse como el reverso del imperativo de bienestar. No se trata simplemente de un duelo por un objeto perdido, sino del efecto de un vaciamiento simbólico propio de la época, donde el sujeto se encuentra atiborrado de objetos de consumo, quedando cada vez más expuesto a modalidades de goce desvinculadas del deseo y de la mediación simbólica, experimentando malestar como consecuencia.

La época, en lugar de posibilitar una relación singular con aquello que causa el deseo, no solo duplica la dificultad del sujeto de hacerse cargo de su propio deseo sino que lo deja atrapado en un circuito de exigencias superyoicas que lo empujan a consumir, producir y gozar cada vez más. Es precisamente en este contexto donde las experiencias de vacío, tristeza e inhibición adquieren una relevancia clínica particular y permiten interrogar la depresión como una modalidad específica de respuesta frente al malestar contemporáneo.

La depresión como posición subjetiva: una lectura desde Lacan.

La depresión puede entenderse como un conjunto de afectos que se manifiestan en el sujeto como tristeza, inhibición, dificultad para encontrar placer en cosas que anteriormente resultaban satisfactorias, abatimiento, falta de motivación, crisis de llanto, angustia, aislamiento, desesperanza, dificultades en vínculos amorosos. Desde la perspectiva psicoanalítica, los afectos ocupan un lugar central en la experiencia subjetiva, ya que cada sujeto mantiene una modalidad singular de relación con aquello que lo afecta y le produce malestar, de modo que el sufrimiento no puede comprenderse por fuera de esa singularidad.

Sin embargo, siguiendo a Bertholet (2012), el análisis no se limita a una simple puesta en palabras de aquello que la persona cree saber acerca de sí misma y de lo que le afecta, sino que apunta a la dimensión de la verdad. En este sentido, interroga la verdad inconsciente como un saber, y no únicamente como un afecto vivido, posibilitando la emergencia de significantes que den cuenta de la relación del sujeto con esa verdad. Desde esta perspectiva, los afectos se encuentran subordinados a la verdad inconsciente.

Respecto de la tristeza, Jacques Lacan ([1973] 2012), en el tratado de las pasiones desarrollado en el capítulo IV de Televisión, se detiene en este afecto, para situarlo como un rechazo del saber inconsciente, y para cuestionar su identificación inmediata con la depresión. Comienza señalando que la tristeza suele ser mal calificada como depresión, y reducida a un estado de ánimo, cuando se trata de una posición del sujeto respecto de su propio inconsciente, que implica cierta desconexión con el deseo.

En ese sentido, Lacan ([1973] 2012) afirma:

> La tristeza, por ejemplo, la califican de depresión, y le dan el alma como soporte [...] Pero no es un estado de ánimo es simplemente una falta moral [...] un pecado, lo que quiere decir una cobardía moral, que sólo se sitúa en última instancia a partir del pensamiento, es

> decir, a partir del deber de bien decir o de orientarse en el inconsciente en la estructura. (p. 552).

Estas formulaciones acerca de la tristeza permiten pensar aquello que actualmente se denomina como depresión no como un simple estado afectivo, sino como una posición subjetiva. Se trata de un efecto de una traición del sujeto a sí mismo, en tanto renuncia a orientarse por su deseo y se sustrae de interrogar aquello que lo causa. Entonces, en lugar de confrontarse con la falta, el sujeto cede en su deseo frente al goce, quedando capturado en una modalidad de satisfacción que, lejos de producir bienestar, adquiere un carácter mortificante. Es precisamente a este repliegue sobre una modalidad de goce mortífero y superyoico a lo que Lacan alude cuando habla de “cobardía moral”.

En relación a esto último, Lacan a la altura del Seminario 20 ([1972-1973] 2006), muestra que el superyó adopta la forma de un imperativo de goce. Sin embargo, se trata de una exigencia imposible de satisfacer plenamente, ya que ningún objeto puede colmar de manera definitiva la falta estructural que constituye al sujeto. De este modo, cuanto más intenta responder a ese mandato, más queda atrapado en una lógica de repetición que alimenta el circuito de goce y sostiene el padecimiento.

En esta misma línea, Bertholet (2012) sitúa la depresión como efecto de un “despoblamiento simbólico”. Según el autor, cuando se debilitan los recursos simbólicos que permiten al sujeto tramitar su malestar, la voz superyoica adquiere una presencia cada vez más invasiva, ordenando gozar sin una conexión con su bienestar. De este modo, el malestar deja de ser interrogado y se fija como una modalidad de goce, pudiendo cristalizarse en identificaciones del tipo “soy depresivo”.

Desde un punto de vista clínico, esto se manifiesta a través de sentimientos de vacío, inhibición, apatía y parálisis pulsional. En otras palabras, nada despierta el deseo en el sujeto, no hay siquiera deseo de desear.

En este sentido, la depresión no remite a un simple estado afectivo transitorio, sino a una posición subjetiva en la que el sujeto permanece fijado a su padecimiento. En lugar de interrogar y actuar sobre aquello que lo afecta, se hunde en sí mismo, encontrando allí una modalidad de satisfacción paradójica: hay una suerte de goce en la tristeza –la cual es uno de los signos predominantes en los estados depresivos. La propia etimología del término “depresión” —del latín depressio, derivado de deprimere, “empuje hacia abajo”— resulta ilustrativa para dar cuenta de esto.

Ahora bien, esta formulación abre un nuevo interrogante: ¿qué lleva al sujeto a replegarse sobre esta modalidad de goce mortificante y a renunciar al movimiento del deseo? Dicho de otro modo, ¿qué función cumple la posición depresiva para la economía psíquica del sujeto?

Los desarrollos de Lacan sobre la angustia permiten avanzar en esta dirección. Si la tristeza depresiva implica un rechazo del saber inconsciente y una renuncia al deseo, resulta necesario interrogar aquello frente a lo cual el sujeto se defiende mediante dicha renuncia. En este punto, la angustia ocupa un lugar central, ya que permite comprender por qué el sujeto puede encontrar en la inhibición depresiva una solución frente a aquello que lo confronta con su deseo.

Esta lectura puede ser precisada a partir de los desarrollos del "Seminario 10: La angustia" . Allí Lacan ([1962-1963] 2006) introduce su tesis fundamental: la angustia "no es sin objeto". Esto implica que aquello que angustia al sujeto no es la falta o ausencia del objeto, sino, por el contrario, su presencia inminente, es decir, cierta proximidad respecto de aquello que causa su deseo. Entonces, cuando la mediación fantasmática que regula la relación entre el sujeto y el objeto –manteniendo distancia entre ellos para sostener el deseo– se vuelven inestables, emerge la angustia como señal de esa perturbación.

Desde esta perspectiva, la depresión puede entenderse como una respuesta subjetiva frente a la angustia. El sujeto responde mediante una inhibición generalizada, que trae por consecuencia el que no haya movimiento deseante. La depresión funciona así como una tentativa de defensa frente a la angustia, aunque al precio de una renuncia al deseo y de una fijación a modalidades de goce.

Ahora bien, cabe preguntarse por las condiciones propias de nuestra época que favorecen este tipo de respuestas subjetivas. Es precisamente en este punto donde los desarrollos sobre el malestar contemporáneo adquieren toda su relevancia. Si, como se señaló anteriormente, la época se caracteriza por una proliferación de objetos de consumo y por un imperativo de satisfacción inmediata, el sujeto se encuentra cada vez más confrontado a modalidades de goce que debilitan la mediación del deseo. Ya no se trata tanto de una cultura organizada alrededor de la prohibición, sino de una lógica que promueve la búsqueda constante del plus de gozar.

En la misma línea, Pierre Skriabine (2006) sostiene que:

> En un y otro de estos casos que dan cuenta del campo de la neurosis, es el juego de la conjunción y de la disyunción del sujeto y el objeto, dicho de otro modo el losange, lo que se encuentra como causa, bajo modos diferentes. En la neurosis, cuando esta distancia, este juego, del sujeto y del objeto queda abolido o no se regula más por la mediación del fantasma, los afectos depresivos surgen en el esfuerzo del sujeto por instrumentar el goce por el plus-de-gozar –es esto en lo que consiste, precisamente, la 'cobardía moral'" (p.6)

En este contexto, de acuerdo con los desarrollos de Skriabine (2006), la depresión puede entenderse como una de las respuestas subjetivas posibles frente a los imperativos de bienestar propios de la época, en tanto la relación del sujeto con el objeto deja de estar regulada por el fantasma, favoreciendo la fijación a un goce en detrimento del deseo. Desde esta perspectiva, la depresión ya no se explica únicamente por la pérdida de un objeto, sino también por la dificultad para sostener una relación con el deseo en una época que empuja constantemente al goce.

Conclusión

A lo largo de este trabajo se buscó interrogar la depresión desde una perspectiva psicoanalítica de orientación lacaniana, tomando distancia de aquellas concepciones que la reducen a una entidad clínica homogénea o a un fenómeno exclusivamente biológico. El recorrido realizado permitió sostener que aquello que en la actualidad suele nombrarse como "depresión" constituye una modalidad singular de respuesta subjetiva que sólo puede comprenderse a partir de la relación que cada sujeto establece con la pérdida, el deseo, el goce y las coordenadas simbólicas de su época.

Los desarrollos freudianos de Duelo y melancolía constituyeron un punto de partida fundamental para pensar la incidencia de la pérdida, la identificación narcisista y la acción de una instancia crítica que, años más tarde, Freud conceptualiza como “Superyó”. Sin embargo, también permitieron advertir los límites de este modelo para abordar determinadas presentaciones clínicas contemporáneas de la depresión, en las que el padecimiento ya no se organiza necesariamente alrededor de un objeto claramente perdido, sino de experiencias de vacío, desorientación y dificultades para simbolizar aquello que causa el malestar.

En este sentido, el análisis del malestar contemporáneo mostró que las transformaciones culturales modifican profundamente las formas de padecimiento. Allí donde la cultura descrita por Freud imponía la renuncia pulsional mediante la prohibición, la época actual, por el contrario, parece estructurarse alrededor de un imperativo de satisfacción, rendimiento y bienestar permanente. Lejos de eliminar el sufrimiento, esta lógica lo acentúa, evidenciando aún más la imposibilidad de alcanzar esa plenitud subjetiva que se promete, dejando al sujeto cada vez más expuesto a modalidades de goce que debilitan la función del deseo y favorecen el empobrecimiento de los recursos simbólicos necesarios para elaborar el malestar.

Frente a este escenario, la apuesta del psicoanálisis no consiste en adaptarlo a los ideales de bienestar y rendimiento que impone la cultura, sino en hacer posible una elaboración singular de aquello que causa su sufrimiento. En lugar de responder al imperativo de goce con nuevas formas de satisfacción, se trata de abrir un espacio para que el sujeto pueda reencontrarse con la dimensión de su deseo y construir una posición diferente frente al goce que lo mortifica.

A partir de los desarrollos de Lacan fue posible situar la depresión como una posición subjetiva caracterizada por una renuncia al deseo y por la consecuente fijación a modalidades de goce mortificantes. La noción de "cobardía moral", el estatuto de la angustia como afecto que no engaña respecto de la presencia del objeto, y la función del superyó como imperativo de goce permitieron comprender que la inhibición depresiva

puede operar como una respuesta frente a aquello que confronta al sujeto con la causa de su deseo. En este sentido, el sufrimiento depresivo no se reduce únicamente a la tristeza, sino que implica una forma particular de relación con el inconsciente, con el deseo, con la falta y con el goce.

La hipótesis que orientó este trabajo encuentra sustento en el recorrido realizado: la depresión contemporánea puede pensarse como una modalidad subjetiva estrechamente ligada a las coordenadas de la época, donde el imperativo de satisfacción inmediata y de goce, junto con la fragilización de los recursos simbólicos, favorecen respuestas que conducen a una renuncia al deseo y a una fijación sobre formas de satisfacción paradójicas y mortificantes.

Finalmente, este recorrido permite reafirmar la especificidad del psicoanálisis frente a las concepciones contemporáneas del padecimiento. Allí donde predominan diagnósticos estandarizados y respuestas orientadas a la supresión rápida del síntoma, el psicoanálisis sostiene la importancia de escuchar la singularidad de cada sujeto. Más que explicar la depresión como un fenómeno universal o eliminarla como un trastorno, se trata de interrogar qué función cumple ese padecimiento en la economía psíquica de quien consulta y qué lugar ocupa en su relación con el deseo. El psicoanálisis apuesta por restituir el lugar de la palabra y de la interrogación subjetiva, entendiendo que sólo a partir de esa elaboración singular puede producirse un movimiento que permita al sujeto construir una relación diferente frente a su deseo y a las modalidades de goce que sostienen su padecimiento. Es precisamente en esa apuesta donde el psicoanálisis encuentra su especificidad clínica y ética.

Referencias bibliográficas:

Bertholet, R. (2012). *La depresión, una lectura desde el psicoanálisis.* IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, Facultad de Psicología, UBA.

Byung-Chul Han (2012). *La sociedad del cansancio*. Herder Editorial, S.L., Barcelona

Freud, S ([1915] 1992). *Duelo y melancolía*. En Obras Completas (Vol 14, pp. 235-256) Amorrortu Editores

Freud, S. ([1930] 1992). *El malestar en la cultura*. En Obras Completas (Vol 21, pp.57-140) Amorrortu Editores

Korman, G.P y Sarudiansky, M. (2011). *Modelos teóricos y clínicos para la conceptualización y tratamiento de la depresión. Subjetividad y procesos cognitivos*. vol.15 no.1 Ciudad Autónoma de Buenos Aires. https://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1852-73102011000100005

Lacan, J ([1962-1963] 2006) *Seminario 10: La angustia*. Paidós

Lacan, J ([1972-1973] 2006) *Seminario 20: Aún*. Paidós

Lacan, J ([1973] 2012) *Televisión*. En Otros escritos (pp. 535–572). Paidós

Miller, J.A. (2004). *Una fantasía.* IV Congreso de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, Comandatuba, Brasil. https://2012.congresoamp.com/es/template.php?file=Textos/Conferencia-de-Jacques-Alain-Miller-en-Comandatuba.html

Sobral, G (2009), *La depresión actual.* Dossier Síntoma y lazo social - ENAPAOL. Virtualia, Revista Digital de la Escuela de la Orientación Lacaniana, (19) https://www.revistavirtualia.com/articulos/394/dossier-sintoma-y-lazo-social-enapaol/la-depresion-actual

Skriabine, P. (2006). *La depresión, ¿felicidad del sujeto?*. Virtualia, Revista Digital de la Escuela de la Orientación Lacaniana, (14). La depresión, ¿felicidad del sujeto? | Virtualia, Revista digital de la EOL